

XILOCA 3
págs. 265-267
1989

FRANCISCO CAJA RIQUEZ (In memoriam)

José Luis Mezquita del Cacho

El reciente traslado de Paco Caja, por Concurso Entre Los Mejores, a su definitivo y eterno destino, no sólo deja una vacante dolorosa en el escalafón del Cuerpo que se honró al tenerle entre los suyos, sino también un vacío en nuestros corazones y conciencias colectivos.

Paco ejerció en este Colegio los últimos veinte años de su vida, a lo largo de los cuales sembró constantemente razones de prestigio, comunicado a la Carrera en el mismo grado en que se comunican los deméritos de otros. El Notariado español tiene esta deuda con su memoria.

En la vida, toda amistad es un aliciente; pero algunas son un privilegio y una escuela. La de Paco lo fue de esta segunda naturaleza para cuantos le conocieron lo bastante para calibrarle, lo que en mi caso tuvo dimensiones especiales por quince años de continua convivencia compartiendo las mismas responsabilidades y la misma preocupación por ejercer el oficio con un ideal de servicio por encima de todo otro interés. Esa experiencia común fue tan gratificante que ninguna de las muchas diferencias personales que nos distinguían pudo nunca empañar la claridad de nuestro afecto, ni debilitar unos lazos cimentados sobre el respeto recíproco y la mutua seguridad en la calidad del otro.

1. El texto de este artículo nos lo hace llegar a XILOCA nuestro amigo Jesús López Medel, quien nos aporta además algunos otros datos biográficos: Francisco Caja Riquez era hijo del médico titular y forense de Calamocha D. Antonio Caja Alegret, nació el 26 de septiembre de 1918 y realizó los primeros estudios en las Escuelas Municipales de nuestra Villa. El bachillerato lo hizo repartido entre los Franciscanos de Teruel y los Escolapios de Daroca. Marchó a Zaragoza a cursar la carrera de Derecho y allí le sorprendió la pasada contienda civil, terminándola en Valencia en 1941. El 18 de diciembre de 1944 ingresó en el cuerpo notarial, carrera que ejerció en Arnedo y Barcelona entre otros lugares. Casó con la calamochina Carmen López Campos. Todo lo demás está dicho con fina sensibilidad y certeza por el doctor Mezquita del Cacho, a cuyo dolor y esperanza cristiana nos asociamos.

Con él perdemos uno de los ya escasos ejemplares que van quedando de la vieja estirpe de notarios consejeros personales, que si Dios no lo remedia no tardará mucho en ser una especie fósil. Ahora parece algo fuera de los tiempos: un notario que desaconseja hacer tantos instrumentos como los que aconseja; cuyas relaciones públicas se hacen solas con el pausado sedimento social de su prestigio personal; cuyos "regalos de empresa" son sólo sus buenos consejos y sus sacrificios de comodidad; cuyos sobres no tienen otro contenido que cartas de solidaridad en las desgracias o valiosos aleccionamientos en las dudas arriesgadas. Un notario sin prisa nunca ante un cliente angustiado, o sin horas ante una necesidad verdadera. Un notario que agrada sin proponérselo; pura y simplemente por su humanidad y su profunda dignidad; que atrae sólo por la confianza que naturalmente inspira. Muchos clientes apreciaban en él un estilo paternal, algo que sólo los tarados pueden confundir con el llamado paternalismo; pues entre lo paternal y lo paternalista hay la misma diferencia que entre lo cabal y lo cabalísta o entre lo integral y lo integrista. Paco era paternal porque para él nada era tan hermoso como comportarse en padre, y fue un padre ejemplar después de haber sido un hijo excepcional que no creo dejara de recordar y mencionar expresamente a su padre, con un pretexto u otro, todos los días de su vida.

Por otra parte, si aleccionaba como alecciona un padre era porque atesoraba experiencia posada sin precipitaciones y porque tenía un conocimiento profundo de la materia sobre que laboraba. Su modestia natural le hacía huir de exhibiciones de sus conocimientos. No olvidaré el trabajo que me costó hacerle publicar sus notas sobre el régimen de participación (y en realidad, al final se las publiqué yo "a traición" —una traición que me perdonó con buen humor—) Sólo quien como yo conviviera con él largos años podía percatarse de que no dejaba de estudiar, de estar al día, de preocuparse por la incesante problemática aplicativa de un Derecho cada vez más cambiante y de que sólo una natural facilidad de jurista intuitivo hacía menos espectacular esa tarea constante.

Al margen de lo profesional, también se va con él una fina estampa de lo que tradicionalmente se llamaba un caballero integral. Lo proclamaban su porte y su gesto y lo confirmaban sus hechos de la mañana a la noche. Su sonrisa traducía la distinción de un alma que le movía a perder con elegancia antes que ganar "como fuera". Pero también sólo quienes le conocíamos muy a fondo sabíamos que esa elegancia era fruto de una tremenda autodisciplina, a la que debió el superar e imponerse a un temperamento visceral y apasionado, naturalmente propenso a la batalla, para la que estaba además dotado de un valor y de una energía poco comunes. Era una verdadera fuerza de la naturaleza, dominada por un espíritu de excepcional elevación; y fue ese espíritu el que le permitió ejercer aquella elegancia, ya en grado sublime, ante el reto brutal, y para cualquier otro pavoroso, de la Muerte. Yo os doy fe de que la encaró con su probado valor íntacto y con su caballerosa sonrisa de perdedor de cualquier cosa, menos de la compostura moral. Lo hizo sobre todo para dar fe de su fe. Ahora tiene en grado supremo lo que siempre buscó y ejerció: la Verdad.

Paco será para mí siempre memoria de la experiencia hermosa de una convivencia difícil en teoría, y fácil en la realidad con la receta infalible de los nobles afec-

tos. Una experiencia seguramente irrepetible por la que le estaré hasta el fin agradecido, pues no se me oculta que fue más meritorio para él que para mí. En cuanto a su ejemplo, a todos lo encarezco, y para la inspiración de todos, empezando por la mía, desde aquí "le requiero" Allá, como en términos elegíacos bellísimos y notariales se dirigió a otro amigo y "compañero del alma" un gran poeta español de un ayer atormentado aún no lejano.

XILOCA 3

página 268

1983

DESDE LA LEJANÍA

Francisco Sebastián Fierro

A MI PUEBLO: EL VILLAREJO DE LOS OLIVOS

Tengo memoria del día
de las olivas y sembrados
de las sendas antiguas
sopando de colinas
de aquellos vagabundos
tristes y solas de noche
segunda de pueblo antiguo
cruce de caminos al día
Cuando me olivo en un
los olivos de la noche
cuando la sol de noche en la noche
en las plazas y en las calles
Y bajar a la cañada
cuando el viento de los Andes
aullar sobre el viento
con viento de remolinos
He de tener en guardia
y cuando los vientos del viento
el son de la noche
de la noche y de la noche
Y cuando aquellos los vientos
cuando los vientos del viento
en la noche y de la noche
en el viento del viento
el viento del viento